



EL BARCO
DE VAPOR

Nadie quiere jugar conmigo

Gabriela Keselman



Ilustraciones
de Miguel Ordóñez





Nadie quiere jugar conmigo

Gabriela Keselman



Ilustraciones de Miguel Ordóñez



Había una vez un castor
llamado Pocosmimos.
Era muy chiquitito, pero
tenía una soledad muy
Grande.





Un día, Pocosmimos se
sentó debajo de una nube.
La más negra que encontró.
Arrancó una zarzamora. Y la
arrojó hacia ninguna parte.
Luego, cogió otra. Y la lanzó
más lejos todavía.
Así, hasta dejar el arbusto
pelado.





Después, apoyo la cabeza en su almohada de setas. Y se puso a llorar.

Lloró y lloró hasta que las palabras se le mojaron.
- ¡Buaaaadeeegaaaaroonmiooooo oo!-se lamentaba.



Cuando las lágrimas se secaron un poco, la cosa se aclaró.

-¡Nadie eeegaaarcon mi go! -
dijo, hipo va hipo viene.
Pero, hasta que no se sonó la
nariz, no se le entendió ni torta.

- ¡ Nadie quiere jugar conmigo! -
suspiró al fin.



Cuando ya no le quedó
ni un puchero,
ni un gemido,
ni un resoplido,
Pocosmimos tuvo una idea.
¡Una fiesta!
Haría una fiesta en el río.
En su islote preferido.





Así que, al día siguiente, se levantó temprano. Preparó una tarta de arándanos con leche.

Colgó bellotas luminosas por todas partes. Y, con una ramita mojada en jugo de grosella, escribió invitaciones a todos los gatos de la región.



Los gatos recibieron
la noticia encantados .
Se relamieron los bigotes
pensando en tantos
manjares.
Y se fueron gateando a la
fiesta de Pocosmimos





Pero cuando llegaron
a la orilla del río,
se detuvieron horrorizados.

El islote estaba en medio
del agua.





Agua por aquí, agua
por allá.
No había puentes,
ni barcas,
ni siquiera un tejado
por donde cruzar.

Pocosmimos agitó los brazos
en señal de bienvenida.
Pero los gatos maullaron:
- ¡De nadar, ni hablar!
Y se volvieron a su casa.





Pocosmimos se puso a llorar
otra vez.
Lloró y lloró
hasta que la tarta,
las bellotas
y las palabras se mojaron.

- ¡Nadie quiere jugar conmigo!
- exclamó por fin.



Cuando se secó toda su pena,
tuvo una nueva idea.
¡Otra fiesta!
Esta vez haría la fiesta en su
árbol favorito.
Así que, por la mañana, subió
a la copa del roble.
Puso música de baile
y organizó juegos de
animales.

Luego envió tarjetas a todos
los patos del pueblo.



Los patos eran unos aburridos.
Así que la invitación
les entusiasmó.

Y se fueron patenado
a la fiesta de Pocosmimos.
Pero cuando llegaron al
tronco del roble,
se detuvieron espantados.

¿Cómo iban a llegar arriba?
No había escalera,
ni ascensor,
ni siquiera una gotera de
agua por donde subir.



Pocosmimos agitó los brazos en señal de bienvenida.

Pero los patos le cuaquearon:

- ¡De trepar, ni hablar!

Y se fueron por donde habían venido.

Pocosmimos tenía el corazón empapado de tanto llorar.

Y empezó otra vez:

- ¡Buaaaaadieeeeeegaaaarooooonmiooooo!

- ¡Nadie eeegaaaarcon mi go!

- ¡Nadie quiere jugar conmigo!

Pero su tristeza, después de un rato se agotó.

Y con las ideas secas decidió:

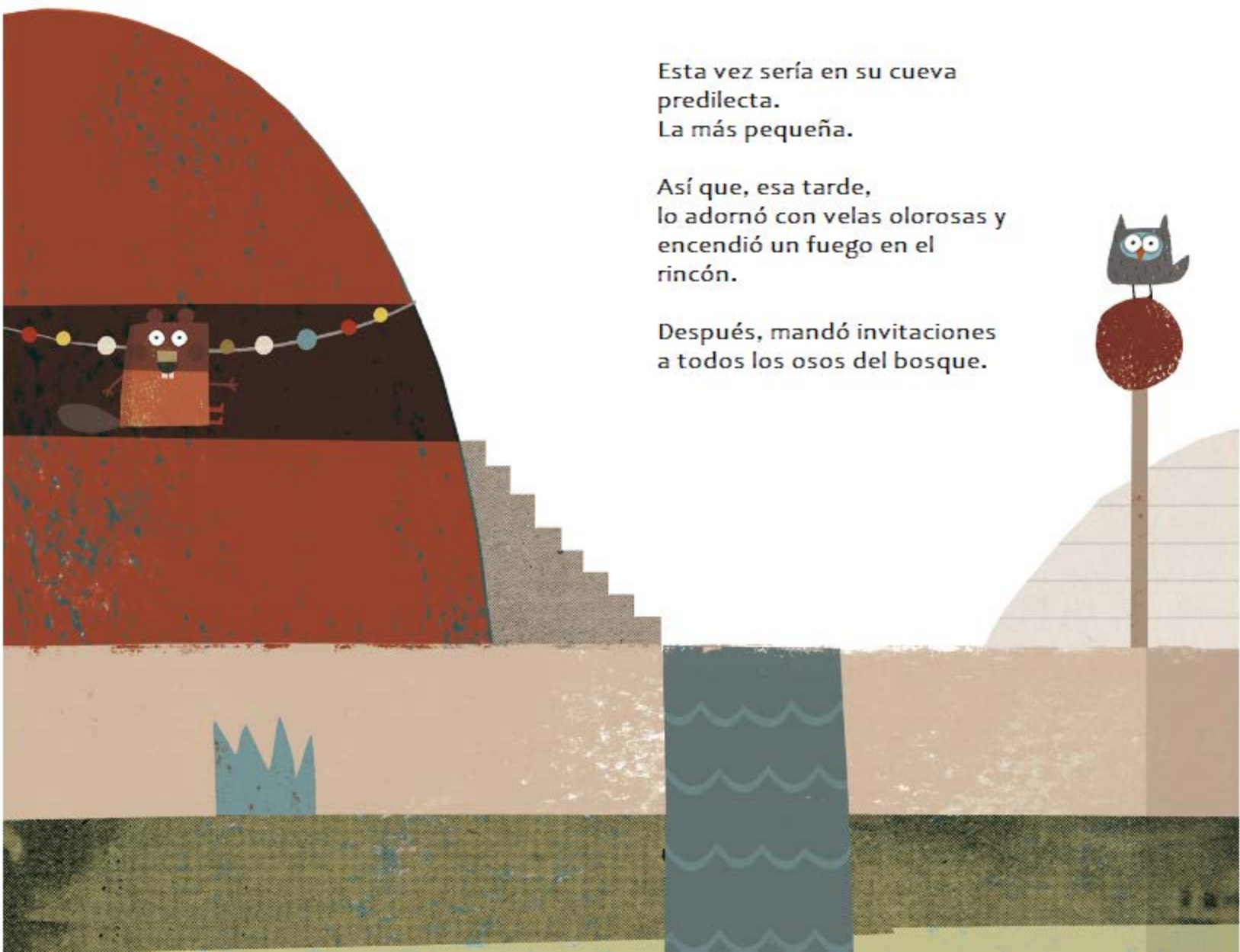
- ¡Una fiesta más!



Esta vez sería en su cueva
predilecta.
La más pequeña.

Así que, esa tarde,
lo adornó con velas olorosas y
encendió un fuego en el
rincón.

Después, mandó invitaciones
a todos los osos del bosque.



Ay, los osos...
- ¡Cómo se alegraron!

Dejaron todo lo que tenían
que hacer.
Que no era mucho.
Y salieron osados a la fiesta
de Pocosmimos.

Pero cuando quisieron entrar
en la cueva, se quedaron
atascados.



Eran demasiado gordos.
Y no había
ni una puerta grande,
ni una ventana enorme,
ni siquiera una grúa para
empujarlos hacia dentro.

Pocosmimos agitó los brazos
en señal de bienvenida.

Pero los osos le gruñeron:
- ¡De adelgazar, ni hablar!
Y se dieron media vuelta.





Pocosmimos
chapoteaba en la más
triste de las soledades.

Y repetía la cantinela
de siempre:



- ¡Buaadieeeeegaarcoonmioooooo!
- ¡Nadie eeegaarcon mi go!
- ¡Nadie quiere jugar conmigo!



Cuando se cansó,
se le ocurrió una nueva idea.
¡Una fiesta diferente!


Haría una fiesta escondida.
Así que buscó enseguida un
lugar espeso y oscuro entre
la maleza.





Allí cavó un agujero
y se ocultó.
Por último,
lanzó cartas a todos
los pájaros del cielo.

Los pájaros aceptaron
con gran revoloteo.
Se emplumaron un
poco el pico y se fueron
volando a la fiesta de
Pocosmimos.



Pero cuando llegaron al bosque,
se quedaron desconcertados.
Dieron vueltas y más vueltas,
pero no vieron nada.

Ni un cartel,
ni una pista,
ni siquiera un mapa
que les indicase el camino.

Pocosmismos agitó los
brazos en señal de
bienvenida.
Pero los pájaros no
encontraron su escondite.
Entonces le piaron:
- ¡De adivinar, ni hablar!
Y cruzaron el cielo con
veloces aleteos.





Pocosmimos estaba desolado.
Ya no tenía ideas festivas.
y tampoco lágrimas penosas.
Ni siquiera tenía ganas
de repetir su queja de siempre.

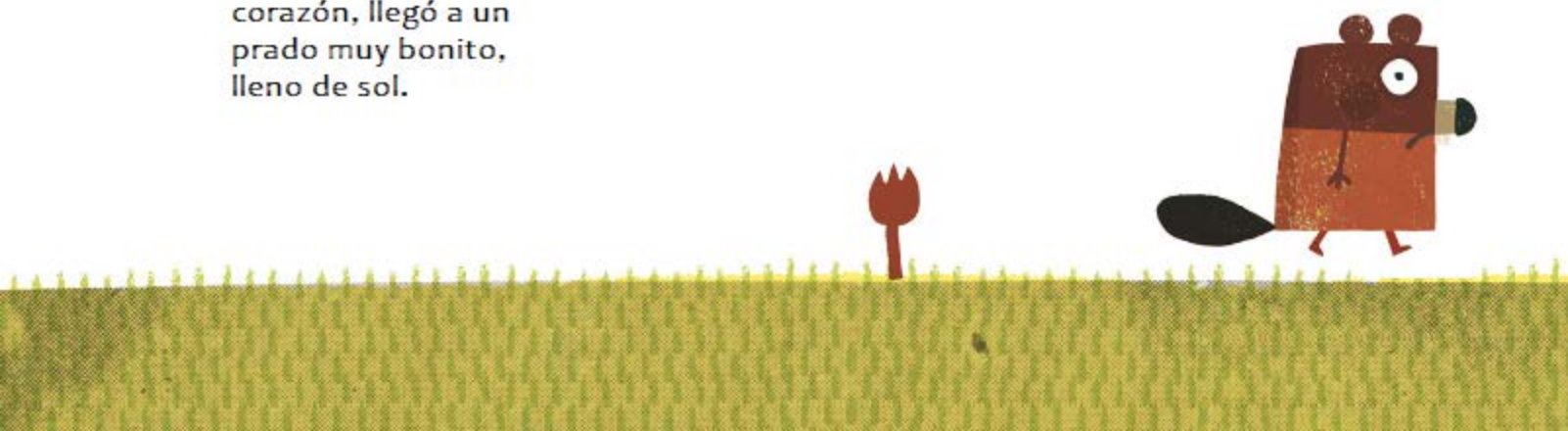


Empezó a andar despacio.
Llevaba la cabeza colgando
y los ojos desteñidos.
Ahora pisaba una hoja.
Después pisaba una flor.
Ahora daba una patada a una piña.
Después no daba ninguna patada.





Y así,
arrastrando su
corazón, llegó a un
prado muy bonito,
lleno de sol.





Allí estaban
los gatos golosos,
los patos aburridos,
los osos perezosos,
los pájaros coquetos...
Y también había
una marmota atontada,
dos lirones medio fritos,
tres ardillas traviesas
y un montón de hormigas
alocadas.
Todos jugaban juntos y
saltaban cogidos de la mano.

Cuando vieron a Pocosmimos,
agitaron sus brazos
en señal de bienvenida.
Entonces,
Pocosmimos levantó la tristeza.
Y explotó
en carcajadas de felicidad.
- ¡Toooooo seeren gaar onmiiiio! -
rió, y no se le entendió nada.
- ¡Todos eeren gaar con mi go! -
volvió a reír y a hablar al mismo
tiempo.





Y, por fin,
exclamó con una voz
recién planchada:

-¡¡¡Todos quieren jugar conmigo!!!

Así que,
esa misma noche Pocosmimos decidió
cambiar su nombre y llamarse
Muchosmimos.
Ni más ni menos.



TE CUENTO QUE A GABRIEL KESELMAN...

... lo que más le gustaría en el mundo, sería hacer una fiesta gigante a la que invitar a todos los lectores de sus libros. Pero mientras se le ocurre cómo organizarla, juega con sus muchísimos amigos y ellos le regalan un montón de mimos.



Gabriel Keselman nació en Buenos Aires (Argentina), aunque ha vivido en España muchos años. Ha publicado más de cuarenta libros, ha recibido varios premios y algunas de sus obras han sido traducidas a lenguas como el inglés, el francés, el coreano y el japonés.